EL SABER DEL PALACIO Y EL TEMPLO: LAS ESCUELAS DE ESCRIBAS EN EL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO Y EGIPTO

WISDOM OF PALACE AND TEMPLE: SCRIBES IN THE ANCIENT NEAR EAST AND EGYPT

Antonio Pérez Largacha

Profesor Asociado Dpto. de Historia. Universidad de Castilla-La Mancha Antonio.Perez@uclm.es

ABSTRACT: The scribes were specialist that worked to the temple or palace and were indispensable to the administration, but also write and copied the texts that related the actions of govern and were presented to the gods. Scribes that caressed of liberty to write anything that neither was nor approved by the elites of temples or palaces and their work had an acculturation assignment into the norms and values that emanated from the institutions of power.

KEY WORDS: Scribes, Egypt, Ancient Near.

RESUMEN: Los escribas eran unos especialistas que trabajaban para el templo o el palacio y permitían el funcionamiento de la administración, pero también eran los encargados de componer, copiar y transmitir los logros de sus gobernantes y presentarlos ante los dioses y la sociedad, careciendo de libertad para escribir textos que no emanaran directamente de los templos o palacios, teniendo su trabajo un carácter "aculturador" e "integrador" en unas normas y valores vinculadas a las instituciones de poder.

PALABRAS CLAVE: Escribas, Egipto, Próximo Oriente.

Introducción

Los escribas tuvieron gran importancia en las culturas del Próximo Oriente y Egipto, legándonos su trabajo la principal fuente de información de que disponemos para el estudio y comprensión de las mismas, unos escribas que realizaron su labor principalmente al servicio de dos instituciones, el templo y el palacio, lo que limitaba su libertad para componer o redactar textos, al igual que sucedía con los artesanos.

Entre sus obligaciones, la principal fue la de anotar y recoger en tablillas o papiros todo lo relativo al funcionamiento de la administración, propiciando el funcionamiento de una economía que era de tipo redistributivo, dependiendo un porcentaje muy importante de la sociedad de la entrega de raciones que realizaba la administración, siendo en muchas ocasiones su labor mecánica y repetitiva, limitándose a elaborar y copiar listas de productos que entraban o salían de los almacenes reales o de los templos, una entidad que en estas culturas también desempeñaba un importante papel económico, además de ideológico.

En otras ocasiones, su capacidad de escribir se destinaba a ensalzar las victorias militares que los gobernantes obtenían, o decían alcanzar, sobre los enemigos y fuerzas que encarnaban el "desorden" o "caos", ya que el objetivo y obligación de todo rey era mantener el "orden" que debía regular el funcionamiento de sus sociedades y que había sido establecido por los dioses, incluida la construcción o reparación de los canales de irrigación, la impartición de justicia... Unos textos que tenían una audiencia concreta, limitada, pero que también podían llegar al conjunto de la sociedad gracias a los relieves que decoraban los muros de los templos egipcios y las estelas que los reyes erigían en diferentes lugares de sus reinos, razón por la que, como veremos, texto e imagen estaban íntimamente unidos, especialmente en el antiquo Egipto, siendo difícil en ocasiones diferenciar el trabajo del escriba y el del artesano.

En el ámbito religioso su labor consistió en componer los himnos, oraciones e historias de los dioses, de cómo gracias a su actuación la población disfrutaba de una prosperidad y seguridad, siendo por ello lógico que los



dioses recibieran en sus moradas terrestres, los templos, ofrendas que encarnaban la fertilidad de los campos o la protección otorgada a las expediciones comerciales. Unas divinidades que mantenían una relación muy especial con sus representantes terrestres, los reyes, haciendo difícil en ocasiones el poder diferenciar entre "religión" y "estado". Unos dioses que habían creado el universo y establecido unas normas que explicaban en Mesopotamia la vida en ciudades y en Egipto vivir en el orden del Valle del Nilo, debiendo por ello los escribas proceder a copiar y propiciar la conservación de unos textos que se remontaban al pasado, a los orígenes de una tradición que siempre legitimaba el presente. Una labor de "scriptorium" que, al igual que en la Edad Media, preservaba el saber pero no lo difundía, ya que el conjunto de la sociedad podía comprobarlo. Al respecto, las religiones de estas culturas no pretendían la conversión, al contrario, aceptaban e integraban dioses con características y procedencias diferentes, no existiendo la obligación de demostrar con textos o historias su superioridad, todos eran necesarios y complementarios, impidiendo así el razonamiento especulativo o filosófico tal y como existió en Grecia y, por tanto, la libertad del escriba o de las personas letradas para elaborar sus propias reflexiones o comentarios.

Dioses que vivían en los templos y recibían diariamente comida, vestidos, ungüentos..., así como las ofrendas particulares o las que se realizaban con ocasión de la celebración de festivales, anotando todo el escriba en tablillas o papiros que pasaban a formar parte de los archivos del templo. Unos escribas del templo que trabajaban en estrecha relación con los artesanos, encargados de elaborar todos los objetos que el conjunto de la sociedad demandaba de los templos y que, en muchas ocasiones, estaban dotados de la vitalidad, poder y protección que otorgaba la palabra escrita.

Escribas que en Egipto utilizaban "las palabras divinas", nombre con el que se definían los signos jeroglíficos (medu netcher), un significado que se conservó con el nombre griego, jeroglíficos, "escritura sagrada". Unos signos que, según la concepción egipcia, tenían vida propia, como todo lo que se representaba, y que en el ámbito funerario tenían la misión de proteger y ayudar al difunto en su aspiración de alcanzar la vida eterna, debiendo por ello ser representados fielmente, nuevamente la relación entre imagen y escritura, escriba y artesano. Un

mundo funerario para el que eran requeridos los escribas para componer las biografías funerarias que decoran las tumbas y los textos funerarios que procuraban ayuda y guía al difunto en el camino que debía emprender hasta alcanzar el más allá.

Por todo ello, el trabajo de los escribas no debe circunscribirse al funcionamiento de la administración, también al plano ideológico, filosófico. Los escribas trabajan para el mantenimiento de unas estructuras de poder encarnadas en los reyes y los templos, estando su actividad perfectamente delimitada y controlada, uniéndose en el antiguo Egipto la utilidad funeraria.

Como sucede en toda clase social o profesión existían diferencias entre los escribas, disfrutando algunos de una proximidad mayor a la corte y participando más directamente en la realización de las fiestas y ceremonias religiosas, disfrutando de una mayor consideración social debido a su proximidad a los centros de poder y por su mayor conocimiento y formación, teniendo en ocasiones el rango de escriba y sacerdote. Pero como hemos apuntado, la mayoría de los escribas trabajaban en la administración, registrando las entradas y salidas que se realizaban en los almacenes de templos y palacios, anotando las raciones que se entregaban a artesanos, servidores, trabajadores, soldados..., así como los objetos y materiales que se les entregaba para que pudieran efectuar su actividad (útiles agrícolas, metales, objetos...). Un trabajo ingente, en ocasiones poco valorado al no producir composiciones literarias o lo que consideramos textos históricos, pero imprescindible, calculándose por ejemplo que la administración del palacio y reino de Ebla en el III milenio mantenía a unas 10 mil personas, una cifra mucho menor que en estructuras estatales o imperiales como Egipto, Babilonia o Asiria. Ello explica que desde una perspectiva evolucionista la invención y desarrollo de la escritura, y la aparición de unos especialistas como eran los escribas, se haya considerado uno de los pilares de los estados próximo orientales, disponiendo la élite político-religiosa de una herramienta de control sobre el conocimiento y el conjunto de la sociedad y sus recursos, al tiempo que estas culturas han sido definidas como burocráticas (Goody, 1990).

Un trabajo el de los escribas que no debe entenderse únicamente desde una perspectiva literaria o administrativa, ya que el conjunto de la población no podía entender los textos. Según J. Baines y C. Eyre (1989), solo un 1 % de la población sabía leer y escribir en el antiguo Egipto, un porcentaje que ha intentado ser elevado por otros investigadores (Lesko, 1994), pero que en cualquier caso sería mínimo, como en el mundo mesopotámico. Esto nos confirma que su trabajo era útil y necesario para unas estructuras de poder que dominaban el conocimiento y regulaban el funcionamiento de la administración, pero también nos indica que en estas sociedades existió una relación muy importante entre imagen y texto.

El mensaje de muchas escenas acompañadas de un texto podía ser reconocido sin saber leer; los reyes venciendo a sus enemigos, procediendo a la construcción de un templo, de un canal de irrigación o en estrecha comunicación con los dioses, pero el texto confería, "exhibía" y "comunicaba" una autoridad. Es así como el trabajo de los escribas se enmarca dentro de un "decoro", de la voluntad y necesidad de expresar en todo momento lo que era correcto, teniendo una relación los textos con el lugar y posición que iban a ocupar (Baines, 1990). Así, en las tumbas egipcias el difunto siempre expresa en su biografía haber actuado correctamente siguiendo las normas de Ma'at, mientras que en los templos se expresa la relación entre dioses y reyes y los frutos que ello proporciona. Una relación y mensajes que también encontramos en el románico o a las catedrales europeas, donde texto e imagen también responden a un mensaje que se quiere emitir a la sociedad y que pretende manifestar una plasmación de un "orden", en este caso cristiano.

Textos funerarios, religiosos, políticos o administrativos que responden cada uno a una finalidad, con su esquema, ritmo, lenguaje y normas propias (abreviaturas, prólogos...), pero reflejando una misma realidad e ideal; las normas que debían regir y seguirse, la legitimación de los reyes, el mantenimiento en definitiva de un orden. No debemos olvidar que en estas sociedades lo realmente importante era explicar lo que les rodeaba, dónde y como vivían, como organizarse, planteando en ocasiones lo diferente que eran el resto de pueblos, costumbre y realidades geográficas. Una actitud etnocentrista que esta presente en la mayoría de las sociedades y que limitaba la libertad, la posibilidad de que el escriba especulara, reflexionara o explicara aquello que no era su mundo y sociedad. Su trabajo se insertaba en unos objetivos superiores, viviendo y trabajando el escriba en un marco que delimitaba sus obligaciones y deberes.

Pero estas limitaciones creativas, existentes hasta hace pocos siglos y donde el mundo griego constituye una excepción, no impidieron la existencia de una literatura, unas obras, mitológicas o no, a través de las que se intentaba reflejar "su" mundo, encontrando una gran variedad de géneros literarios (la poesía, las máximas o instrucciones, epopeyas de reyes y dioses, cuentos...). Obras en las que se manifiesta el "orden" y el "decoro" que vinculan al escriba y la sociedad con la tradición, transmitiendo unas normas de comportamiento, unos modelos de actuación, siendo una de las obligaciones de los escribas copiar dichos textos para salvaguardar la identidad. Así, la literatura no se inició con Homero en el siglo VIII a.C., como la historiografía ha intentado señalar en numerosas ocasiones, ya que la plasmación por escrito de unos "modelos de comportamiento" es anterior a la Iliada o la Odisea. Unos textos que, como veremos, tenían una finalidad ideológica, de "aculturación" y preservación de unos valores y concepciones que dotaban de una coherencia y sentido a sus respectivas sociedades y que, como se está demostrando recientemente, también podían ser recitados, abriéndose así un debate, presente en otras culturas, sobre la relación existente entre oralidad y literatura.

Escribas que recibían un grado muy diferente de formación en función de cual iba a ser su "función", aunque todos recibían la misma formación mínima. El escriba que iba a trabajar en los almacenes de un templo o en una dependencia estatal requería una formación menor que el escriba destinado a redactar o copiar los textos oficiales y religiosos que encarnaban la memoria y realidad de sus reinos. Por otra parte, estas culturas, milenarias, en modo alguno fueron estáticas, como se ha transmitido frecuentemente desde la historiografía, apareciendo nuevas necesidades y realidades tanto políticas, como sociales, económicas o diplomáticas que requerían de los escribas nuevas habilidades, como la redacción de tratados diplomáticos, de cartas a cortes extranieras o la elaboración de verdaderas epopeyas que reflejaran la grandeza de sus reyes, como en el caso de los reyes asirios o de los faraones del Reino Nuevo. Asimismo, en el seno de la sociedad había que proceder regularmente a la emisión de normas legales, códigos y leves que pretendían mantener o restaurar una realidad, así como a la redacción de contratos de compra-venta, matrimoniales, herencias o textos con los que protegerse de peligros y enfermedades, un ámbito en el que posiblemente existían personas capaces de escribir que no eran



escribas, un término y profesión que se circunscribe para todos los que trabajaban para el palacio o el templo.

Así, siempre se ha unido la figura del escriba al Estado, pero también existía un sector no oficial que tenía acceso a la escritura, en especial aquellas personas vinculadas con el comercio, no en el mundo egipcio, pero si en el mesopotámico, donde el comercio estuvo en manos de personas privadas durante gran parte del II milenio, existiendo verdaderas sociedades cuyos miembros procedían a anotar todas las transacciones, enviar cartas o redactar contratos. Igualmente, en el pecio de Ulu Burun (ca. 1350 a.C.), se han encontrado útiles de escritura y lo que parece ser un libro de contabilidad de una embarcación que recorría todo el Mediterráneo oriental comprando y vendiendo mercancías (Payton, 1991).

Finalmente, debe tenerse presente que tanto en Egipto como en las culturas mesopotámicas, a lo largo de sus más de tres mil años de historia, existieron y se utilizaron muchos y variados sistemas de escritura, algunos transitoriamente y en regiones muy concretas, mientras otros, como el acadio, llegó a convertirse en la lengua diplomática. La Torre de Babel bíblica ejemplifica la variedad de lenguas y pueblos que habitaron el Próximo Oriente, desapareciendo con el paso del tiempo lenguas y pueblos, pero todos dejaban una impronta. El caso más representativo es el sumerio, que desde finales del III milenio se convirtió en la lengua culta del mundo mesopotámico, como sucedería con el latín en el medioevo, convirtiéndose los escribas capaces de leerlo y escribirlo en modelo de sabiduría. Una realidad que también obligó a los escribas adscritos a las cortes a aprender otras lenguas y, paralelamente, explica la existencia de léxicos y diccionarios que facilitaban su trabajo, así como el de los filólogos en la actualidad (Cooper 1993).

Algunos de estos aspectos serán analizados a continuación, pero antes debemos referirnos, brevemente, a los orígenes de la escritura y los escribas.

ORÍGENES DE LA ESCRITURA

Sin entrar en el debate, ya superado, de donde apareció primero la escritura, un proceso que posiblemente fue

paralelo en Egipto y Mesopotamia, desde planteamientos como los de G. Childe (1954), se ha considerado que la existencia de una escritura es una de las condiciones ineludibles para poder hablar de la existencia de un Estado, que así disponía de una herramienta para ejercer un control, aunque también han existido sociedades complejas sin escritura. Pero, ¿por qué y para qué apareció la escritura y, por extensión, la figura del escriba?

En la actualidad se considera que la escritura fue una respuesta necesaria para dar una solución a la creciente complejidad social y política de unas sociedades que a lo largo del IV milenio a.C., fueron estableciendo unas estructuras estatales, surgiendo por ello la escritura con unas connotaciones prácticas, siendo con posterioridad, a mediados del III milenio, cuando la escritura se utilizó para la redacción de textos más amplios y complejos.

Los primeros textos poseen un carácter administrativo, contable, no respondiendo su contenido y función en modo alguno a la oralidad, a lo que se hablaba. En las tablillas de Uruk IV (ca. 3300 a.C.) encontramos listas de productos entregados como raciones o manufacturados por los talleres del templo y, en las etiquetas de marfil egipcias de Nagada III (ca. 3300 a.C.), listas de productos y objetos ofrecidos al rey en su tumba. Son unos textos que revelan un conocimiento de lo que se produce, su distribución y posterior utilización, labor en la que es indispensable la figura del escriba, que utiliza unos signos, en muchas ocasiones ideogramas, pictogramas, que no responden a un lenguaje oral (Nissen et al., 1994), por lo que escritura y lenguaje no deben ser entendidos como dos aspectos que estuvieron relacionados, siendo con posterioridad cuando la escritura se imbuyó de una oralidad. Así, la teoría de la primacía del lenguaje sobre escritura no es válida, siendo mejor hablar de lenguaje hablado y escrito, en lugar del planteamiento de Saussure de la existencia de un lenguaje hablado solamente.

Ello conlleva una mayor complejidad y explica que los escribas aparezcan como especialistas de unas instituciones, templo y palacio, capaces de leer y escribir unos signos que reflejan una realidad económica y social vinculada a unas élites que establecen unas formas nuevas de organización política, social y económica acabando con las estructuras de grupo, más comunitarias, existentes con anterioridad al Estado y que, en el caso de Mesopotamia, ya habían desarrollado unos sistemas de contabilidad desde el VII milenio

(Schamandt-Besserat, 1992). Por ello se ha considerado que la escritura surgió como un medio para almacenar una información, no teniendo la pretensión de comunicar, que facilitaba el funcionamiento de la administración y posibilitaba un control de las élites. Unos textos en los que los escribas utilizan unos signos y un lenguaje especifico, administrativo, con abreviaturas y anotaciones que expresan el tipo de documento (fiscal, pago de raciones, entrega de ofrendas, de producción de productos...), una característica presente a lo largo de toda la historia del Próximo Oriente y que también encontramos en las culturas minoica y micénica, consideradas por ello en ocasiones más próximas al próximo oriente que al mundo griego posterior.

Sin negar ese origen y función administrativa, en los últimos años también se ha resaltado que desde un principio existe también un deseo de transmitir, de comunicar un mensaje, no en las tablillas que pasaban a formar parte de los archivos, pero si en objetos que se depositaban en los templos o iban a ser expuestos en lugares visibles, al menos para los miembros de la corte. En ellos junto al texto se representan imágenes que expresan una exhibición real o el origen y destino de los productos, el templo, iniciándose así la relación entre texto e imagen, como sucede en la Paleta de Narmer en Egipto, donde el rey presenta sus logros y victorias en la casa de la divinidad. Una relación entre "exhibición" y "texto" que será otra de las características de estas culturas y que también puede encontrarse en muchas otras sociedades, ya que el deseo de todo gobernante es transmitir lo benéfico que su gobierno resulta. Se inicia así la relación entre arte y escritura, entre escriba y artesano.

Surgidas unas estructuras estatales, el avance de las sociedades y la creciente interrelación entre reinos y pueblos provoca que las necesidades de los estados se incrementen junto a su complejidad, al tiempo que la necesidad de los reyes de transmitir sus logros y poder, tanto dentro de la corte como al exterior. Aparece así la necesidad de redactar textos que ya no responden únicamente a una contabilidad o a la mera presentación de los éxitos alcanzados a las divinidades, surgiendo un lenguaje más complejo y especifico que debe tener en consideración la "audiencia" a quien va dirigido. Lógicamente ello hace más complejo, especializado y diversificado el trabajo del escriba, el especialista que ha de responder a esas nuevas necesidades de reyes y templos. Paralelamente, la complejidad de la administración hace necesario desarrollar sistemas de

escritura más versátiles, ágiles que la escritura jeroglífica egipcia o el sumerio, desarrollándose la escritura hierática en Egipto y el acadio en Mesopotamia. Ello no implica la desaparición de las escrituras originales, al contrario, estas son manifestaciones de unos orígenes, de una tradición y pasado que hay que preservar, al tiempo que en Egipto los jeroglíficos se convierten en la escritura monumental y funeraria. Lógicamente, todo ello lleva a una mayor especialización de los escribas y, paralelamente, a su consideración social y reconocimiento como personas capaces de leer y transmitir un mensaje que es accesible a unos pocos, ya que no todos los escribas son capaces de leer o escribir en jeroglíficos egipcios o en sumerio.

EL TRABAJO, FORMACIÓN Y STATUS DE LOS ESCRIBAS

La formación, educación y trabajo de los escribas en las Edubbas mesopotámicas o en las Casas de la Vida egipcias, ha centrado la investigación sobre la escritura y la vida de los escribas (Sjöberg, 1975; Williams, 1972), no profundizándose en aspectos como el grado de "literalidad" de las sociedades o la función de los textos (exhibición, comunicación, ideología, propaganda...) en estas sociedades, profundizando en por qué, para qué y para quién fueron realizadas las composiciones literarias, aspectos todos ellos íntimamente relacionados con la función e importancia de los escribas (Carr, 2005).

El llegar a ser escriba implicaba la adquisición de unos conocimientos que solamente estaban al alcance de unos pocos, por lo general hijos de escribas o de altos funcionarios que tenían los recursos y medios necesarios para asegurar su formación y continuar así en la mayoría de ocasiones el trabajo del padre, un aprendizaje que solía transmitirse de forma familiar. Una formación compleja si recordamos que las escrituras no eran alfabéticas y que explica, junto a su origen familiar y trabajo en las dependencias administrativas del Estado o del templo, su consideración social. Como en muchas sociedades y culturas ser "letrado" implicaba un reconocimiento y un respeto por parte del conjunto de una sociedad que era "iletrada" y, por ello, alejada de los círculos de decisión y poder.

Sin embargo, en Mesopotamia apenas encontramos referencias en los textos a su importancia y trabajo dentro de



la sociedad, aunque su figura era esencial para el normal funcionamiento de la sociedad, conociendo el nombre de muchos gracias a la costumbre de insertar en el colofón, como garantía de autenticidad, su nombre y el de la persona para la que escribía, dotando así al texto de una validez.

Por el contrario, en Egipto los textos no nos ofrecen una autoría, salvo excepciones a finales del Reino Nuevo, aunque conocemos el nombre de escribas por sus biografías y esculturas funerarias (como el famoso escriba sentado del museo del Louvre), reflejando el que tuvieran acceso a una tumba decorada, y dotada con todo lo necesario para acceder al más allá, su posición social. Posiblemente el texto que mejor refleja la importancia del escriba sea la Sátira de los Oficios, un texto egipcio del Reino Medio en el que se procede a ensalzar la vida y el trabajo del escriba en relación con las penalidades y sufrimientos con que han de vivir el resto de profesiones, una obra que paso a formar parte de la formación del escriba, seguramente para inculcarle su pertenencia a un grupo privilegiado y diferenciado.

En muchas ocasiones se valora más, debido a la monumentalidad o sentido de lejanía que nos produce, el trabajo de los escribas encargados de realizar los textos oficiales, en documentos y monumentos públicos o funerarios, pero la mayoría trabajaba para la administración. Un error es no valorar ese trabajo y considerarlo, como se ha hecho en ocasiones, una prueba del control que ejercían unas élites despóticas. Su trabajo permitía poner en funcionamiento todos los mecanismos de la sociedad, desde los impuestos a la entrega de raciones a todos los que trabajaban para una institución, sin olvidar el reclutamiento para el ejército, conocer las necesidades para la realización de una construcción..., ya que, por ejemplo, monumentos como las pirámides también deben de ser valorados desde la perspectiva de todo lo que fue necesario para su construcción.

El volumen de tablillas halladas nos proporciona una idea del trabajo de estos escribas, y su número no deja de aumentar con las excavaciones, contribuyendo a la interpretación burocrática de los estados próximo orientales. Tablillas que nos informan sobre la economía, la administración o funcionamiento de los templos (sacrificios, ofrendas...), durante más de tres mil años de historia, y cuya información también debe entenderse como un reflejo de cómo entendían ellos sus sociedades y por qué hacían las

cosas, no solo como el reflejo de un control de los recursos, económicos y humanos, por parte de los estados.

Trabajo y consideración del escriba que también se nos presenta condicionada por el tipo de soportes que debía utilizar y cuya preparación también debían aprender durante su proceso de formación. En el caso de Egipto la mayoría de los textos conservados están grabados en la piedra de templos, tumbas o estelas, habiendo desaparecido la mayoría de la información administrativa, contribuyendo ello aun más a la interpretación de que la egipcia era una civilización obsesionada por todo lo relativo a la religión, ya que a pesar de la sequedad de su clima, apenas se han conservado papiros, mientras que de Mesopotamia se nos han perdido la mayoría de textos pertenecientes al I milenio debido a la utilización de soportes como el cuero, las tablillas de madera recubiertas de cera o el papiro.

ESCRIBAS, ESCRITURA Y PODER

Hasta finales del Reino Antiguo en Egipto, y en Mesopotamia hasta el Protodinástico III (ca. 2300 a.C.), no hacen su aparición textos extensos, bien de carácter biográfico, conmemorativos y vinculados a la propaganda real, así como composiciones literarias, por lo que tanto en Egipto como en Mesopotamia la escritura, su gramática, adquirió su plena forma más de medio milenio después de la aparición de la escritura. Hasta entonces la labor de los escribas se concentró en la administración.

El cambio se debe a que en ambas culturas se detectan unas dinámicas nuevas que requieren de los gobernantes una actitud diferente. En Egipto el Faraón dejó de ser considerado un dios para serlo la institución, la monarquía, mientras que en Mesopotamia comienzan a aparecer unos reyes que aspiran a ejercer un control más allá de los límites de sus respectivas ciudades-estado y, paralelamente, a desligarse del poder hasta entonces ejercido por los templos. Ambos cambios implican la necesidad de los gobernantes de justificar y legitimar sus acciones, estrechándose así la relación entre escritura y poder, requiriendo este último la redacción de composiciones que expongan tanto que los reyes actúan siguiendo las normas inherentes a sus respectivos "órdenes" y, por tanto, con el beneplácito de los dioses, como su legitimación con el pasado, la tradición.

En Egipto el verdadero cambio se produce durante el Reino Medio, pero tiene sus antecedentes en el Primer Período Intermedio, cuando los gobernantes provinciales usurparon las funciones reales y procedieron a redactar biografías y textos para legitimar sus acciones, diciendo realizar todo aquello que se esperaba del faraón; mantener el orden que posibilitaba la estabilidad, una práctica que continuarán los faraones del Reino Medio, cuando se componen la mayoría de las obras literarias faraónicas, al tiempo que se manifiesta lo que se ha llamado "democratización funeraria", accediendo el conjunto de la sociedad a unas aspiraciones hasta entonces reservadas a los faraones.

En Mesopotamia las luchas entre los reyes de las ciudades-estado terminaron con la figura histórica de Sargón de Akkad (ca. 2350), creador del primer imperio mesopotámico, una estructura de poder que requería de unas herramientas diferentes a las existentes en tiempos de las ciudades-estado, desarrollando sus reyes la propaganda e ideología. Con posterioridad a este imperio, regresara la fragmentación política y un retorno a las tradiciones sumerias, pero la dinámica histórica de Mesopotamia era ya diferente, al tiempo que la penetración de pueblos como los Amorreos introducen la concepción del rey como "buen pastor" (Pérez Largacha, 2006).

Nuevas necesidades, concepciones y realidades políticas que requerían el trabajo de los escribas, tanto para las nuevas necesidades administrativas como ideológicas. Así, en opinión de Assman (1995), la práctica totalidad de lo que se califica como literatura egipcia es en realidad un "material aculturador", unos textos y composiciones que fueron redactados y utilizados para proceder a la educación y formación de los escribas en unos valores y principios que coincidían con los del Estado y el orden, siendo el mejor ejemplo de ello las Instrucciones, pero también historias como la de Sinuhé. Una literatura y unos "textos" que socializaban y educaban en los valores de la defensa del orden frente al caos, con ideas que previamente habrían existido y se transmitirían de forma oral, pero que ahora se redactan y quedan fijadas por escrito, sucediendo lo mismo en Mesopotamia (Van de Mieroop, 1999).

Ello implica la fijación de un lenguaje escrito oficial, con una estructura, normas y ritmos que encontramos en todo tipo de composiciones (conmemorativas, oficiales o religiosas), teniendo como finalidad proceder a la aculturación de sus élites en unos valores determinados. Al respecto, no debemos olvidar que era el Estado, el rey, quién permitía la redacción de un texto, no existiendo concursos literarios como en el mundo griego, emanando los textos de una corte y de unos templos que querían transmitir unos valores, una forma de conducta inherente a sus respectivas sociedades así como unas realidades políticas. Así, en los últimos años se constata gran influencia de lo que se ha llamado el "modelo ideológico de la escritura o el alfabeto", considerando a la escritura, y por extensión el trabajo del escriba, como un objeto concreto y el resultado de unas prácticas sociales dentro de unas estructuras sociales de poder (cf. Bowman y Wolf, eds., 2000).

Es así como los escribas se convierten en transmisores de unos centros de poder, no existiendo ningún texto que se saliera del orden, de la ortodoxia, al tiempo que son los encargados de vincular el presente con el pasado, la legitimación. Igualmente, como especialistas al servicio del Estado, los escribas deben adaptarse a las necesidades que van surgiendo, como la redacción de tratados diplomáticos, elaboración de cartas y mensajes a cortes extranjeras y, lógicamente, el conocimiento de otras lenguas, adquiriendo importancia los intérpretes. Una historia del Próximo Oriente cada vez más interrelacionada, debiendo mostrar los reyes continuamente su superioridad, pero siempre dentro de unos presupuestos y esquemas ideológicos comprensibles para todos, en especial durante el Bronce Reciente (Liverani, 2003), unos siglos (ca. 1500-1200 a.C.), en los que los reyes se hacen acompañar en sus expediciones militares de escribas, encargados de anotar todas las incidencias para después proceder a componer los anales reales y todos aquellos textos que ensalzan su capacidad militar, su valentía, arrojo y determinación, no debiendo olvidar que Alejandro Magno, cónsules y emperadores romanos, así como políticos posteriores, se hicieron acompañar de "escribas", personas que fueran capaces de transmitir sus logros.

Siglos en los que los templos egipcios alcanzan su mayor auge, pero los textos que decoran sus muros son "invisibles", tanto por su inaccesibilidad a la sociedad como por encontrarse demasiado alejados de la vista, textos que están dirigidos a los dioses, al mantenimiento del orden, de la estabilidad que ellos garantizan.

En el ámbito religioso los escribas elaboran los textos que expresan la importancia de los dioses, aunque en Egipto no





se componen historias divinas, mitos, al contrario que en Mesopotamia, hasta cuando los griegos dominaron Egipto y procedieron a "historiar" la vida de los dioses siguiendo su modelo y su lógica, composiciones que reflejan el "universo religioso" que había sido establecido en la creación y que debe ser preservado.

Escribas y literatura que adquieren otro componente, la aculturación de las élites de las provincias o ciudades sometidas, apareciendo instituciones como el "kap" en Egipto, lugar donde eran educados los príncipes extranjeros a la manera egipcia, introducidos en los secretos de la escritura jeroglífica, para que al regresar a sus posesiones como gobernantes defendieran aquellos valores y concepciones en las que habían sido instruidos. Una aculturación y función de los escribas poco analizada en la investigación, ya que los "maestros" serían escribas, personas cuyos conocimientos permitían asegurar o proteger los intereses del Estado.

LOS ESCRIBAS Y EL FUNCIONAMIENTO DE LA SOCIEDAD

En íntima relación con su relación y dependencia hacia el templo y el palacio, los escribas son los encargados de transmitir, de hacer llegar los deseos de esas instituciones al conjunto de la sociedad y, paralelamente, redactar los documentos que toda sociedad requiere de acuerdo con las normas que existían.

Ya nos hemos referido a la administración y contabilidad, pero muchos otros aspectos de la vida cotidiana requerían de la participación de los escribas, como la redacción de los contratos matrimoniales, la copia y lectura de los libros que contenían la lista de los días buenos y malos, la copia de sentencias judiciales, documentos de herencia, los préstamos que se realizaban, la concesión de tierras por parte del Estado... Uno de los estereotipos que existen en relación con los Estados próximo orientales es que el Estado era el propietario de todas las tierras, pero el rey podía conceder la explotación y dominio de tierras, al tiempo que también podían comprarse y venderse tierras, requiriendo para todo ello de la existencia de un contrato. como señala, por ejemplo, el Código de Hammurabi: "Solo el campo –o la huerta o la casa– que uno posea por haberlo comprado podrá escriturarlo a favor de su esposa y de su hija, o entregarlo para saldar un pagaré (art. 39)".

Para todos estos documentos, las personas debían acudir a escribas, posiblemente los mismos que trabajaban para la administración y, ocasionalmente, a personas que tenían los conocimientos básicos para redactar un documento. Textos y objetos de la vida cotidiana que eran realizados en soportes perecederos, como los amuletos con inscripciones que conferían una mayor protección contra los peligros y enfermedades. Un apartado en el que también podría incluirse a los médicos, encargados de recitar las plegarías para vencer a la enfermedad, una actitud muy vinculada a la magia, pero al iqual que en las sociedades orientales es difícil diferenciar entre Estado y religión, también lo es entre religión y magia, no teniendo esta las connotaciones negativas de adquirió con posterioridad. Al respecto no debemos olvidar que la palabra escrita tenía, y tiene, un poder, un significado especial, debiéndose recitar en todo momento correctamente para así alcanzar los objetivos deseados.

Conclusión

La capacidad de escribir siempre ha sido una señal de autoridad, de superioridad y, en muchas ocasiones, de pertenencia a una clase social que disponía de los recursos necesarios para formarse, acceder a unos conocimientos y trabajar en y por la administración, entendiendo esta última no solo como la gestión y emisión de documentos, también como la encargada de hacer funcionar unas estructuras de poder y llevar a cabo unas políticas determinadas. En el Próximo Oriente y Egipto, los escribas garantizaban su funcionamiento, haciendo llegar a amplias capas de la sociedad los productos y objetos que se redistribuían, al tiempo que dotaban a los templos y palacios de un conocimiento de los recursos, posibilidades, necesidades y, en toda sociedad, el control del conocimiento esta muy relacionado con el poder.

Una administración y unos escribas que se incardinaban en unos estados que tenían como principal objetivo preservar unas concepciones y modos de actuación que eran los que posibilitaban "su" orden, procediendo los reyes a proclamar y difundir, tanto a una audiencia externa como interna, sus logros y presentarlos ante los dioses, careciendo el escriba de una "libertad" para poder desarrollar su capacidad literaria, enmarcándose todas sus creaciones en un "decoro". Incluso un texto crítico con la realeza y la situación en

Egipto, las Lamentaciones de Ipuwer, redactado con posterioridad a un período de crisis interna, exhibe esa situación como legitimación del presente, siendo inconcebible que textos que incluso critican la posible homosexualidad de un faraón fueran permitidos si con ellos no se quería transmitir un mensaje ideológico.

Unos textos que eran leídos y que, en relación con todo lo religioso debían recitarse correctamente, con las palabras y ritmos correspondientes, una faceta de los escribas también muy importante, al existir una relación entre lectura y escritura, lo que explica la importancia de los sacerdotes lectores, claramente diferenciados del resto por su conocimiento, aunque en ocasiones la transmisión oral de

formulas y oraciones no haría necesaria el conocimiento de la escritura.

Finalmente, no debemos olvidar que la escritura tiene en estas sociedades una función, transmitir unos hechos y realidades, una información que proporcione seguridad, confianza y legitime, no existiendo el pasatiempo de la lectura, aunque como en todas las sociedades el oír historias, relacionadas o no con el pasado, también existió, como se refleja en diferentes textos, existiendo una relación entre oralidad y la "literatura", pero esa oralidad la hemos perdido, no así el trabajo de los escribas que, en ocasiones, también pudieron proceder a la fijación por escrito de esas tradiciones e historias, pero siempre dentro del orden existente.

BIBLIOGRAFÍA

- Assmann, J. (1995): *Egipto a la luz de una teoría pluralista de la cultura*, Madrid, Akal.
- Baines, J. (1990): "Restricted Knowledge, Hierarchy and Decorum: Modern Perspectives and Ancient Institutions", *JARCE*, 27, 1–24.
- Baines, J. y Eyre, C. (1989): "Interaction between Orality and Literacy in Ancient Egypt", 91–120, en *Literacy and Literature*, Copenhague, Akademisk Forlag.
- Bowman, A. y Woolf, G. (eds.) (2000): *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*, Barcelona, Gedisa.
- Carr, D. (2005): Writing on the Tablet of the Herat: Origins of Scripture and Literature, Oxford, Oxford University Press.
- Childe, G. (1954): Los orígenes de la civilización, México, FCE.
- Cooper, J. (1993): "Bilingual Texts: Cuneiform Texts in Two or more Languages from Ancient Mesopotamia and Beyond", Visible Language 27, 69-96.
- Goody, J. (1990): La lógica de la escritura y la organización de la sociedad, Madrid, Alianza Editorial.
- Lesko, L. (1994): "Literature, Literacy and Literati", 131-144, en Lesko, L. (ed.),

- Pharaoh's Workers: The Villagers of Deir el Medina, 131-144, Ithaca y Londres, Cornell University Press.
- Liverani, M. (2003): Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100 a.C., Barcelona, Bellaterra.
- Nissen, H. et al. (1994): Archaic Bookkeping: Early Writing and Techniques of Economic administration in the Ancient Near East, Chicago, University Chicago Press.
- Payton, R. (1991): "The Ulu Burun Writing board set", *Anatolian Studies* XLI, 99-196.
- Pérez Largacha, A. (2006): Historia Antigua de Egipto y del Próximo Oriente, Madrid, Akal.
- Schamandt-Besserat, D. (1992): *Before Writing. From Counting to Cuneiform,*Austin, Texas University Press.
- Shendge, R. (1975): "The Old Babylonian Edubba", 159-179, en *Sumeriological Studies in Honor T. Jacobsen*, Chicago y Londres, [s.n.].
- Van de Mieroop, M. (1999): *Cuneiform Texts and the Writing of History,* Londres, Roudledge.
- Williams, R. (1972): "Scribal Training in Ancient Egypt", *JAOS*, 92, 214–31.

Recibido: 14 de septiembre de 2007 **Aceptado:** 30 de septiembre de 2007